

DON JOSE MARIA IARRAGUA.



## NETZULA.

### I.

Eran los últimos días de Moctezuma: el imperio volaba á su ruina, y la espada de los españoles hacía estremecer el trono del monarca; donde quiera se escuchaban sus victorias, y los hijos de América doblaban el cuello á la cadena de los conquistadores.

Ixtlou, en otro tiempo terror del enemigo en los combates, se había retirado á la cueva de la montaña, porque no quería presenciar la esclavitud de la patria. Allí esperaba la muerte, y el sepulcro debía ser el escudo que le librase de la furia del vencedor: sólo Netzula su hija sabía el retiro del anciano, y le proveía en él de los alimen-

tos: también Octai era sabedora del refugio de su esposo.

La noche estaba serena; la luna brillaba en toda su luz, y la hija del guerrero caminaba tímida y silenciosa á visitar al héroe: parecía un fantasma que vaga por el campo de la noche: vestida de blanco y suelto el cabelo se estremecía de oír el ruido de la yerba que movía con sus pasos, y la sombra de los árboles que se agitaba pausadamente con la brisa, la hacía temblar.

Se adelantó ligera por el campo, y llegó á la habitación del anciano: estaba sentado sobre una piedra del monte, é inmutable, como su desgracia, vió á la virgen y sonrió.

—Hija mía, la dijo, ¿me traes nuevas de los valientes de Anáhuac? ¿han acabado sus días, ó aun corre la sangre del enemigo en la piedra de sus lanzas?

—No acabaron, padre, no acabaron, contestó la joven: aun puede su espada abrir el sepulcro á los opresores, y pronto será la batalla que decidirá la suerte de la patria: el arco está en la mano de los valientes, y sobre sus hombros refleja la luz en la punta de sus dardos.

—¡Ay! exclamó el anciano: así reflejó alguna vez sobre mi escudo, cuando mi mano era fuerte en los combates; cuando Ixtlou se adelantaba el primero y combatía con los leones del bosque. Entonces me amaba la juventud, y tu madre era la envidia

de mil doncellas; pero ahora no me resta sino un brazo que apenas sostiene mi cuerpo cuando me apoyo en tus hombros, y mis piernas no ensayan otro camino que el sepulcro.

Calló por un momento, y continuó con un ardor mayor que el que ofrecían sus años y su cabeza, semejante á la ala de la paloma.

—Tuviera yo tu fuerza, hijo mío Utah!; tuviera yo tu fuerza! no estaría ocioso, escondido bajo de la montaña: volaría al combate y vertería la sangre del extranjero, la sangre de los hijos del océano: entonces en el lugar del campo en que cayese herido se alzaría un recuerdo, y mi alma se uniría á las de los héroes después de la vida para que me admirasen los hijos del tiempo porvenir.

Netzula estrechaba una de sus manos con ternura, y alguna vez se sentía alegre al encontrar sus ojos con los de su padre: tal vez suspiraba por su hermano que estaba en el ejército, á quien amaba como á su corazón; pero la esperanza que se encendía en su alma, le ofrecía la gloria y el triunfo: así es el espíritu de la juventud: le halagan y le consuelan las esperanzas, y no se abre al mal sino cuando es inevitable y le amenaza ya sobre su cabeza.

Antes de amanecer volvió á ver á su madre que la esperaba con la ansia de la incertidumbre. Octai que en los años de paz

se lanzaba á las danzas y á los bailes de la juventud, con la ligereza de un joven ciervo que brinca por las rocas, que alegre como la aurora de la primavera, y hermosa como el iris en el centro de la obscuridad cuando las nubes son el manto negro del cielo Octai que había encantado el corazón de Ixtlou cuando era general de sus compatriotas en los combates de la gloria, hoy recostada y melancólica bajo una cabaña solitaria recordaba los días pasados, y miraba con una lástima mezclada de sobresalto á Netzula que resplandecía de juventud y de belleza.

No le quedaba de los pasados placeres, sino el de tener las noticias que su hija le traía cada noche del amado de su corazón, pues postrada por los dolores caminaba lentamente á visitar á sus abuelos en el firmamento.

Muchas noches pasaron sin que en ninguna faltase la hija de Octai en visitar á su padre, y consolar en cuanto podía el agitado corazón de los dos esposos. Unas veces conversaba con su madre de la hermosura de los campos y de la vuelta de su hermano, y su alma bebía el deleite en las ilusiones y en las esperanzas.

Pero el anciano gustaba más de oír las hazañas de su hijo Utali, que era segundo después de Oxfeler, general del ejército de la América: la virgen contaba á su padre los triunfos pequeños de aquellos días, y

no podía menos de estremecerse á las escenas de sangre que se renovaban.

Ya la luna no brillaba, y sólo las estrellas resplandecían en la noche. Netzula, que aunque no temía ya en la serenidad, se sobresaltaba de cualquiera motivo que le ocurría de nuevo, volvía de la cabaña del anciano, y su pensamiento estaba lleno de las ideas de su familia. Creyó escuchar de repente un suspiro, y se detuvo: aun el aliento había suspendido y temblaba todo su cuerpo. No se atrevía á mirar hacia ninguna parte, y recelaba aun el desengaño que esperaba fuese funesto. Pasado largo tiempo extendió su vista, pero vió todo en una tranquilidad capaz de asegurarla; y como no percibió ya el motivo que la había intimidado, se avergonzó á sus solas, y resolvió seguir y guardar en silencio aquel acontecimiento.

Estaba resuelta á no asustarse de nuevo por estos ruidos; pero á pesar de esto, al pasar por aquel lugar apresuraba el paso y palpitaba aceleradamente su corazón. No tenemos dominio sobre nuestros sentimientos: nos arrastran involuntariamente, y somos su víctima, el juguete de las ilusiones del alma.

Casi había olvidado este suceso; pero otra noche al ir á la cabaña de su padre le pareció escuchar un ruido de alguna persona que caminaba por las inmediaciones. El temor de su alma no era tan grande como

la vez pasada, pero estaba muy lejos de la tranquilidad. Determinó esperar, y creyó convencerse más y más de que respiraban y aún hablaban una ú otra palabra cerca de ella.

La primera sorpresa había pasado, y Netzula permanecía inmóvil, así por el miedo que no le permitía adelantar un sólo paso, como por la curiosidad que le inspiraba saber quién en aquella hora podía vagar por los árboles del monte. Aplicó su oído, y percibió una voz debil que cantaba.

—“Brillante firmamento, habitación del sol que te abandona en este instante, recíbeme, abre tus puertas que ya voy á tí á unirme con las almas de mis amigos, de mis padres, de mi esposa adorada, á esperar á Oxfeler, á mi hijo, el amigo de mi vejez.”

“¿Qué soy sobre los campos de Anáhuac? Arbuño deshojado y seco que el huracán despojó de su vestidura, y no da sombra al viajero cansado, y estorba á los cazadores. Brillante firmamento, abre tus puertas y recibe á Ogaule: allá me uniré con Ixtlou el amigo de mi juventud.”

Ogaule era amigo de Ixtlou, y la virgen le había oído nombrar muchas veces en las conversaciones de su padre. Mas ahora, después de una larga ausencia, se le creía generalmente muerto aun por sus íntimos amigos.

Netzula con toda la confianza de la ju-

ventud, y disipados completamente sus temores, se adelantó hacia el anciano que estaba recostado sobre el campo al pie de una roca: él volvió la cabeza, blanca como la escarcha de invierno, y exclamó con una voz melancólica:

—¿Quién viene á turbar en medio de la noche la soledad del infortunio? ¿Quién se aproxima al viejo que sólo piensa en volver al sepulcro? ¿Es el hijo del extranjero que viene á abrirme la tumba, ó el genio del consuelo que viene en la noche á aliviar mi dolor? Hermosa joven, continuó mirando á Netzula que se había aproximado lo bastante para que él pudiese distinguirla, hermosa virgen, ¿vienes á auxiliar la desgracia?

—Soy la hija de tu amigo, exclamó ella: la hija de Ixtlou, el valiente en los campos de guerra: su espada no centellea en los combates, pero las memorias de sus amigos se alzan en su corazón. Los años arrebataron su fuerza, pero no sus recuerdos de la antigüedad.

—Ven, acércate, exclamó Ogaule, acércate y que estreche en mis brazos al único resto de mi amigo: pronto me uniré á él, y le diré allá en el firmamento: “Tu hija ha descansado su frente sobre mi pecho; ha sentido palpar mi corazón al recordar las acciones que ejecutamos juntos.”

—Tu amigo no habita en el firmamento, replicó ella, está como tú habitando en el

retiro de la montaña: allí se ha sustraído á la dominación del vencedor; allí espera la muerte ó el triunfo de la patria: ¿por qué no te unes á él, y será menos amarga la soledad?

—Sí, hija mía, replicó el anciano: cuando mi boca empezaba á recibir la sombra de la juventud, ¡oh! entonces estos brazos que ahora ciñen débilmente tu cuerpo, aterraban á los valientes en las batallas, y ahogaban á las fieras del bosque: la espada del enemigo estaba muchas veces á mis piés, y mis manos se empaparon en la sangre de los osos: la patria jamás clamó entonces en vano, jamás Ogaule llegó el segundo á las filas de los guerreros; pero hoy los años me han arrebatado mi fuerza, y no puedo hacer otra cosa que exhalar vanos suspiros por la felicidad de la América. Tú, hijo mío, Oxfeler, tú serás el apoyo de tus amigos, y los altivos hijos del mar temblarán á tu nombre: tu gloria volará por tu patria, y recibirás las bendiciones de los que aman el país de sus padres. Hija mía, vamos: unámonos á Ixtlou; y pues que somos iguales en nuestra vejez como lo fuimos en nuestras hazañas de la juventud, llévame, y tendré el consuelo de abrazarlo antes de morir.

La virgen dió su brazo al guerrero, y sostenía los trémulos pasos del anciano. Adelantándose solitarios por el mundo, parecían el emblema de la prudencia apoyada en la virtud, que camina abandonada y errante

por el universo, y que rara vez aparece á los ojos de los mortales.

Llegaron á la mansión de Ixtlou, que reclinado sobre la tierra esperaba á su hija: Ogaule habló el primero diciendo: "Ixtlou, mi amigo querido." El anciano levantó lentamente su cabeza y exclamó: "¿Es la voz del espíritu de mis amigos de los otros días, que vienen á visitarme en mi soledad desde sus casas celestes, ó es la ilusión de los sueños que consuelan al desgraciado?"

—Es tu amigo, es tu amigo que viene á partir hoy tus penas como partimos en días más felices la gloria y los peligros. No vengo de las habitaciones del cielo, vengo del retiro del monte, donde esperaba la muerte, donde no creí volver á ver á los compañeros de mis años de juventud.

—¿Y vuelvo á oír tu voz, amigo mío, tu voz que era una tormenta para tus enemigos, y suave como la música para los que te amaban? Ogaule, amado Ogaule, tú me das el único placer que puedo tener antes de dormir bajo de la tierra: separado de mi amada, sin hablar con otra persona que mi hija, la melancolía secaba mi corazón; pero ahora el lenguaje de la patria sonará otra vez en mis oídos: ahora hablaremos de nuestros hijos, compararemos sus hazañas á las de sus padres en los días de la antigüedad, y arderá de nuevo en mi pecho el placer que me causó la gloria. Ven conmigo, y esta choza será nuestra habitación,

hasta que el ángel negro señale quién ha de ir primero á esperar á su amigo en la morada de nuestros abuelos.

El corazón de Ogaule se había abierto al placer con un entusiasmo tan puro como en los días de sus amores; Ixtlou olvidó por un momento los dolores que oscurecían su alma para gozar de todo el deleite que le ofrecía la presencia del amigo de sus días de gloria. Netzula, llena de belleza, de ternura y de fuego, participaba de las emociones de los ancianos, y se complacía en la imagen del compañero de su padre. Octai lloró de regocijo al saber que la soledad no cercaría más la morada de su amado.

## II.

La hija del guerrero continuó en llevar todo lo necesario á los dos ancianos: sola en el universo, su alma no experimentaba otras emociones que las del amor hacia estos objetos de su ternura, y su corazón ardiente deseaba estas impresiones vivas, aunque estaban muy distantes de satisfacerle.

Una noche encontró á su padre muy pensativo: parecía que toda el alma y toda la existencia del anciano estaba envuelta en sus pensamientos. En vano procuró Netzula distraerlo y arrebatarlo de sus medi-

taciones; él la estrechó en sus brazos, le habló friamente de su madre y de su hermano, y parecía que la contemplaba con más cariño que otras veces. Ogaule le dirigió miradas muy tiernas; pero calló igualmente sobre el asunto que llenaba el alma de su amigo.

Recibieron noticias de Utali: su valor sobresalía en la guerra: Oxfeler le miraba como á un amigo íntimo, y era el confidente en sus determinaciones, y su defensor en los combates. Los ancianos vertían lágrimas de amor y de entusiasmo con la fama de las hazañas de sus hijos; y cada una de las distinciones de Oxfeler á Utali era un vínculo más para los dos amigos.

—Hija mía, dijo Ogaule á la joven en una de las noches de la cabaña del monte: hija mía, tú eres la más hermosa de las vírgenes de Anáhuac, y mi Oxfeler tiene un lugar entre los guerreros que aspiran al premio del valor y á la corona de la patria. ¿Rehusará la belleza unir su suerte al defensor de los pueblos?

Netzula dirigió una mirada á su padre, bajó los ojos, y sus mejillas se colorearon como las manzanas del otoño: guardó silencio: Ixtlou estrechó la mano de su hija y sonrió: ella callaba, pero el guerrero dijo á su amigo.—Un sólo placer me resta sobre la tierra: cuando mi hija venga á aumentar los lazos que unen á nuestras familias, la espada de los extranjeros no será terrible á

mis ojos, y la tierra del sepulcro será lecho muy dulce á mi sueño. Sí, exclamó Ogaule, tú serás la esposa de mi Oxfeler; él te amará y tú le amarás, y los votos de mi alma estarán colmados: habla, hija mía, dame este día de placer, y volverá á levantarse en mi pecho la alegría.

Netzula contestó que nada podría ella negar de lo que hubiese de complacer á su padre, pero que esperaba saber los pensamientos de Octai: los ancianos estrecharon en sus brazos á su hija, y conocieron que su madre partiría con ellos el placer que las esperanzas de este enlace les ofrecían.

La hermosa se retiró llena de las ideas de la noche: nada veía, ni el campo, ni la naturaleza; su alma estaba absorta en las ilusiones y en la esperanza; el amor del primer guerrero, del defensor de Anáhuac, del hijo de Ogaule, halagaba su corazón y experimentaba un movimiento de orgullo de contemplarse esposa de Oxfeler; pero cuando pasaban estas consideraciones, su alma se hallaba sumergida en un vacío inexplicable. ¡Ay! ¿es lo mismo la admiración que el amor? ¿Puede llenar un simple orgullo el lugar del más puro sentimiento del hombre?

Octai supo con placer quién era el esposo de su hija, y vertió lágrimas al recuerdo de la juventud de Ixtlou; sólo le disgustaba la idea que de tiempo en tiem-

po se presentaba á su alma, á saber, que Netzula no conocía aún al hombre con quien debía unir su suerte; pero el corazón de la virgen era tan puro como el primer rayo de luz de la mañana, y la madre esperaba que aquel amor la llenaría del todo; que haría la felicidad de su hija.

La joven se había llegado á familiarizar con la imagen de Oxfeler; éste á quien su padre había dado noticia de la mano que le preparaba, había contestado á su esposa con toda la ternura de la juventud y todo el entusiasmo de un guerrero, y ambos estaban satisfechos, y esperaban el fin de la guerra, ó alguna ocasión favorable, para unir su suerte.

Los días de Netzula pasaban con tranquilidad, y las noches en el regazo de sus padres; su agitación solamente eran los ausentes, á quienes amaba en el campo. Su hermano y Oxfeler, eran los que solían arrancar un suspiro á su corazón; alguna vez fijaba su atención en su madre, que oprimida por la edad volaba á la tumba. La juventud se complace en distraerse, aun en medio de los peligros, y las ideas lúgubres son desechadas de su pensamiento.

### III

El día de un combate se aproximaba; y aunque no era éste el que debía decidir la suerte de América, Ixtlou y su familia

lo esperaba con ansia: Octai solía estar agitada por tristes presentimientos; temía que la muerte cubriese la hermosura de Utali. Netzula se estremecía al pensar en los peligros de los que amaba.

El día llegó: mil veces la flecha se tiñó de sangre de los hijos del océano; pero el rayo que lanzaban deshizo las fuertes columnas de Anáhuac, y los guerreros abandonaron el campo: Netzula se paseaba en el jardín de su casa con la inquietud de la esperanza y el temor: oyó un leve ruido entre los árboles, y vió una figura imponente que se acercaba á ella; se detuvo, y esperó con resolución.

Era un guerrero; su cabeza estaba cubierta con plumas blancas y encarnadas; el oro y las piedras cubrían su cuerpo; una grande hacha en su mano y un escudo de un tamaño enorme en su izquierda; su talla era gigantesca, y un manto encarnado guarnecido de oro contribuía á hacer su aspecto magestuoso. Estaba fatigado, y sus facciones conservaban aún el ademán terrible del combate.

Netzula resolvió momentáneamente mil pensamientos; pero la vestidura, que indicaba ser el guerrero de los principales jefes del ejército, le volvió la tranquilidad, aunque su corazón palpitaba fuertemente. Permaneció inmóvil y silenciosa con los ojos fijos en el jefe.

El guerrero rompió el silencio: bella jo-

ven, exclamó, ¿rehusarás la fruta de tus jardines al defensor de tu patria? Netzula le presentó las más frescas, y se atrevió á preguntar por Utali y el ejército: el joven sació la sed que le devoraba, y habló así: "El extranjero se presentó sobre las montañas: los fuertes de América estaban sobre el valle, firmes, inmóviles, apoyados sobre sus armas, como la encina, cuyas ramas se asientan en su ancho tronco; el sol estaba en sus armas; los hijos del océano se adelantan hacia nosotros, y un torrente de fuego va delante de ellos; el humo los envuelve, y el sol se oculta en un velo de nubes y sangre: el campo es todo un lago rojo, un sepulcro de héroes."

"La noche nos cubre entretanto, y la oscuridad envuelve el combate: nosotros nos retiramos al monte, y volveremos á unirnos en el bosque para luchar con los hijos del mar. Hoy estamos abrumados por la fatiga, pero mañana buscaremos la muerte en las armas del enemigo: el lugar que ocupe nuestro cuerpo tendido por los campos será cubierto con gloria. Utali, el más valiente de los jóvenes de Anáhuac, derramará sobre él las lágrimas de la amistad, y levantará mi fama: vive aún, y él será el consuelo de sus padres y la delicia de las hermosas de Anáhuac."

La virgen había escuchado en silencio la relación de la muerte; pero las últimas palabras del héroe habían alegrado su cora-



zón: sus ojos estaban animados, y miraban al jefe como al amigo de su hermano: quiso preguntarle por Oxfeler; pero un rubor secreto coloreó sus mejillas, y las palabras se disiparon en sus labios: después de un momento de pausa, convidó al jefe á descansar en su casa; pero el guerrero exclamó: "La patria me llama, no me detendré, linda virgen, tu memoria me seguirá á todas partes, y tu imagen vivirá siempre en mi corazón: volveré á verte cuando el fuego de los combates haya consumido al poderoso extranjero, cuando las aves del cielo celebren festín sobre el campo de su derrota."

El guerrero partió: Netzula fija en un lugar, estaba llena de pensamientos: la derrota de su país, el valor y la vida de Utali, la duda sobre Oxfeler, y el amor de las últimas palabras del hijo de la guerra habían agitado su corazón: pensaba en sus padres y en su madre moribunda, á quien podría conducir al sepulcro la caída de los bravos de Anáhuac.

La promesa de volver que había pronunciado el valiente, ocupaba su alma; pero podría ser la expresión de la gratitud, y no del amor.

La juventud vacila siempre en sus ideas: el joven había conmovido el corazón de Netzula; pero ¿por qué siempre el recuerdo de Oxfeler se unía á la imagen del guerrero de los jardines? Netzula por un mo-

vimiento involuntario resolvió no decir nada de aquel acontecimiento á su madre: cualquiera impresión profunda podría agravarla, y ella sería entonces acaso la causa de su muerte. Así encontramos en todas ocasiones razones plausibles para apoyar nuestras ideas: volvió á su casa y aparentó tranquilidad, aunque su alma estaba llena de recuerdos, y la memoria de Oxfeler se unía á todos sus pensamientos.

La derrota de América se extendió pronto, y estaba coloreada de negro: sólo Utali y Oxfeler habían escapado de la muerte: el campo era el sepulcro del ejército: el desaliento era general, y el miedo hacía grandes los estragos: se supo por fin que la mayor parte había llegado al bosque en que deberían reunirse, y que muy pronto volvería á encenderse la hoguera de la guerra.

Netzula dió aquella noche la noticia á los ancianos, y les llevó cartas de Oxfeler: en ellas vieron que aunque la derrota era considerable, el valor más fuerte que las armas, ardía aún en el pecho de los soldados: dentro de poco combatirían por la última vez, y anhelaban porque llegase el momento de la batalla: las almas de Ixtlou y de Ogaule crecían en los peligros, envidiaban la penosa muerte de los que habían perecido en el combate, y habrían querido participar de la gloria que esperaba á sus hijos.

Estrecharon á Netzula alternativamente

en sus brazos, y le recordaron la unión de Oxfeler: la virgen prometió su mano de nuevo al general de su patria, y se sonrió con el entusiasmo de los ancianos; pero esta sonrisa tenía cierta melancolía amarga como la que inspiran los sentimientos secretos y tristes del corazón, cuando prevenimos un mal indefinido é incierto.

Cuando volvía á su casa era cerca de amanecer, y la luz débil del oriente empezaba á iluminar los objetos; pero la virgen estaba llena de los acontecimientos del día: la idea del guerrero de los jardines vivía en su alma; así pasaron muchos días, y la imagen del general del ejército había sido casi borrada poco á poco de su corazón; como á nadie había comunicado su encuentro, no volvió á oír hablar de él, y Oxfeler, cuyo nombre oía todos los días, ocupaba de nuevo su alma. Nuestras impresiones más vivas pasan ligeras, y sólo vuelven á nosotros como la imagen de un sueño que nos conmovió; las cartas del hijo de Ogaule no hablaban ya de Netzula; pero los ancianos lo atribuían á la guerra que llamaba toda su atención, y este silencio era acaso lo que hacía crecer el interés de la joven.

En una noche de las que vino la virgen al asilo de la ancianidad, dijo á Ixtlou: Padre mío, pasado el día de mañana habrán brillado sesenta primaveras sobre vuestra frente: en otros días más felices estaba yo

al lado de mi hermano, y todos reunidos formábamos la alegría del corazón; pero hoy en los combates.... acaso.... mejor fuera que estuviese á nuestro lado, y que se separase de los peligros....

—Calla, hija mía, interrumpió el anciano: tus palabras son de una doncella tímida, hablas como una mujer débil. Jamás el hijo de Ixtlou huirá de los poderosos en la guerra; jamás llegará el postrero al combate del valor: hijo mío, continuó después de un corto silencio, el alma de tu padre se regocija en tus hazañas, y tu fama que se levanta es el placer de mi ancianidad; no temo tu muerte, todos tus abuelos murieron en los campos del bravo; temo que antes de tu caída no ciña tu frente el laurel de la gloria.

El anciano cesó de hablar: sus ojos brillaban en su rostro surcado por las arrugas, y contrastaba el fuego que ellos despedían con el aspecto frío de la ancianidad; Netzula también estaba silenciosa, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas, porque su pensamiento recordaba á Utali, al amigo de su juventud y de su niñez.

#### IV.

El día se acercaba, y la hija de Ixtlou marchaba por el monte llena de sus pensamientos, oyó el bramido de una fiera muy

próximo, y se paró helada de terror; un sudor frío corría por sus miembros, y el cabello se erizó sobre su frente; temblaba como un ciervo cuando es sorprendido por el cazador.

Oyó segunda vez un grito del animal; pero no era el acento ya del furor, sino el último gemido de uno que va á expirar, dilatado y profundo como los dolores de la postrera agonía de la vida. Osó sacar la cabeza del árbol en que se había ocultado, y vió un lobo expirando á los piés de un hombre que aún conservaba en su mano el dardo ensangrentado con que le había herido. Netzula estaba aún más sorprendida: el cazador podía investigar la morada de los ancianos, y esta idea era cruel para la hija de ellos.

La luz resplandece en el oriente, y la joven no puede ocultarse ya; el cazador la conoce y se aproxima á ella: el héroe de los jardines es también conocido por la virgen de la noche: el jefe no estaba cubierto de oro ni su cabeza de plumas; pero una piel de oso sobre sus espaldas, y un arco con sus dardos en su mano realzaban la hermosura del cazador: fijó en tierra la punta del dardo, sus ojos en la hija de Ixtlou, y exclamó: Querida de mi corazón, tu imagen ha sido mi compañera desde el día de los jardines en el día y en la noche: en la caza y en el sueño, en las batallas y en el descanso has venido á encantar mis

meditaciones: ¿reusará la hermosa del Anáhuac el apoyo del fuerte para restituirse á la casa de sus padres?

La joven calló; pero sus mejillas estaban más encarnadas que el oriente: por fin, dijo al cazador, que los caminos eran seguros, y que podría volver sola al asilo de su habitación: el héroe marchó pensativo, y la joven aún palpitaba cuando llegó á la casa de Octai.

¡Qué impresiones ocupaban de nuevo el alma de la hija de Anáhuac! Había vuelto á ver á este guerrero, á este hombre que la había sorprendido con todo el esplendor de la gloria, y con todo el interés de la desgracia. Ahora no estaba tan lleno de brillo como el día de los jardines; pero su rostro no estaba abatido, y era más hermoso por sí solo con el vestido de cazador que con el uniforme sobresaliente y el plumaje de los guerreros.

Así será Oxfeler, se dijo en su interior la virgen, y este recuerdo de Oxfeler, la amargaba en aquel momento. Se acordaba del compromiso que la unía con el jefe, y esta memoria era como una nube que se levanta, vaga y empañada, y se interpone entre la luna apacible y el campo solitario.

Pasaron algunos días pero no se olvidaba este pensamiento: y si la hija de Ixtlou hubiera sabido dibujar, habría podido retratar al joven que había debido á su generosidad los socorros del jardín. El si-